

LA CASA DEL CÓCTEL ROJO

La saga de la familia Campari



La casa del cóctel rojo

Título original: *L'elisir dei sogni. La saga dei Campari*

Autora: Silvia Cinelli

© 2024 Mondadori Libri S.p.A., publicado originalmente por Rizzoli, Milán, Italia

Traductora: Graciela Cutuli

Derechos exclusivos de edición en castellano para América Latina, EE. UU. y Canadá

© Grupo ILHSA S.A. para su sello Editorial El Ateneo, 2025

Patagones 2463 - (C1282ACA) Buenos Aires - Argentina

Tel: (54 11) 4943 8200 - Fax: (54 11) 4308 4199

editorial@elateneo.com - www.editorialelateneo.com.ar

Dirección editorial: Marcela Luza

Gerencia de Edición: Marina von der Pahlen

Producción: Pablo Gauna

Coordinación de Diseño: Marianela Acuña

Arte de tapa: Estudio Cremona

Armado de interior: Claudia Solari

ISBN 978-950-02-1661-6

1ª edición: septiembre de 2025

Impreso en Arcángel Maggio – División Libros,
Lafayette 1695, Ciudad Autónoma de Buenos Aires,
en septiembre de 2025.

Tirada: 5.000 ejemplares.

Queda hecho el depósito que establece la ley 11.723.

Libro de edición argentina.

El editor se reserva todos los derechos sobre esta obra. En consecuencia, no puede reproducirse total o parcialmente por ningún método de reproducción existente o por existir incluyendo el gráfico, electrónico y/o mecánico (como ser el fotocopiado, el registro electromagnético y/o el almacenamiento de datos, entre otros), sin el expreso consentimiento de su editor, Grupo Illisa S.A. (Ley n° 11.723).

Cinelli, Silvia

La casa del cóctel rojo / Silvia Cinelli. - 1a ed. - Ciudad Autónoma de Buenos Aires :
El Ateneo, 2025.

384 p. ; 23 x 16 cm.

Traducción de: Graciela Cutuli.

ISBN 978-950-02-1661-6

1. Novelas Históricas. 2. Historia de Familias. 3. Bebidas Alcohólicas. I. Cutuli,
Graciela, trad. II. Título.

CDD 853



SILVIA CINELLI

LA CASA DEL CÓCTEL ROJO

La saga de la familia Campari

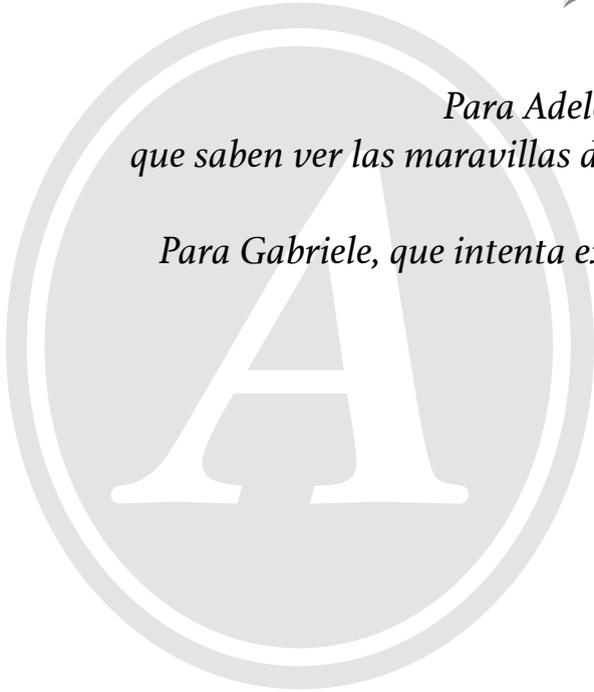
BASADA EN HECHOS REALES

 Editorial El Ateneo



*Para Adele y Ettore,
que saben ver las maravillas del mundo.*

Para Gabriele, que intenta explicarlas.





*Y donde no hay vino no hay amor
ni tienen placer alguno los mortales.*

Eurípides, *Las bacantes*



1

Milán, otoño de 1882

En diciembre, el jardín botánico de Brera es un esplendor en potencia, una pura promesa. Desde su banco, junto a la ventana, Davide observa la arboleda despojada, los arbustos raleados de rosas y camelias, el tronco desnudo de las glicinas, los estanques de riego llenos de agua de lluvia. Este lugar, engarzado como una joya entre los muros de la ciudad, no siempre fue un jardín ornamental: hace tres siglos, cuando el edificio albergaba un convento, los jesuitas lo usaban para cultivar hortalizas y plantas medicinales. Al muchacho casi le parece poder ver a los venerables padres inclinados sobre los parterres, arrancando malezas, removiendo la tierra, regando y lustrando sus tesoros botánicos con la misma devoción con que se rezan las oraciones. Cítricos, romero, anís, menta, genciana: aquellos hombres sabios y laboriosos conocían los secretos que encierran las plantas, y se los transmitían desde tiempos inmemoriales de padre a padre, de hermano a hermano.

Sin duda era el Señor quien infundía los principios medicinales y las esencias aromáticas en frutos, hojas, semillas y raíces; sin duda era bajo su bendición que los frailes manipulaban aquellos dones dentro de los laboratorios de herboristería y extraían todo tipo de remedios para curar los cuerpos mortales. Pero quién sabe si era también Él, o el Maligno, quien les sugería que aquellos mismos ingredientes, macerados en alcohol y pasados a barriles y alambiques, podían convertirse en destilados y licores finos, solaz del paladar y panacea del espíritu.

—¡Pssst!

Un codazo de Edoardo Brambilla le recuerda a Davide que está dentro del aula. Con un gesto del mentón, su compañero de banco le indica una gran mancha de tinta que ha caído, de la pluma que tiene en la mano, al cuaderno. Davide intenta a toda prisa contenerla con un pañuelo, pero el daño ya es irrecuperable. En el silencio del recinto, el ruido del papel rasgado parece el estruendo de una tormenta. Mientras desde la cátedra el profesor de Literatura mira por encima de sus anteojos, buscando en vano la causa de la perturbación entre los alumnos inclinados sobre su tarea, Davide estruja la hoja con presteza y vuelve a hundir la nariz en el segundo libro de la *Eneida*.

*Ergo age, care pater, cervici imponere nostrae;
ipse subibo umeris nec me labor iste gravabit.*

Recupera el plumín, lo sumerge con cautela en el tintero y traza la traducción sobre la página inmaculada:

Venga, amado padre, échate a mi cuello:

*yo mismo te portaré sobre mis hombros, y este trabajo no
será para mí un peso.*

Quo res cumque cadent...¹

El silencio vuelve a interrumpirse cuando alguien golpea a la puerta. Algunas cabezas se levantan de los pupitres y el profesor pronuncia un contrariado: “Adelante”. Con deferencia, un mensajero aparece en el umbral.

—Disculpe, profesor, esperan al señor Campari en el patio.

Las veintiocho cabezas de la clase se dan vuelta hacia Davide al mismo tiempo.

—¿Qué pasa? —pregunta él, mientras se queda sentado. Los modos extrañamente afables de aquel hombre lo ponen en guardia, le parece captar algo de compasión en su sonrisa afectada.

—Vamos, muchacho, toma tus cosas. Tenemos que irnos.

Sin preguntar más, Davide se levanta y lo sigue por los corredores del edificio hasta el patio de ingreso, donde lo espera Maruchèt, el criado con cara de africano. Ese joven de tez morena y físico imponente está desde siempre al servicio de la familia Campari, pero su excepcional aparición en el claustro del liceo tiene ahora algo de lúgubre y alarmante. Vestido con un abrigo negro, parece una mancha oscura entre las líneas blancas de la columnata, una presencia fuera de lugar, un error. Sus entrañas le gritan que se detenga, que borre todo, pero los pies avanzan hacia él. Cuando están frente a frente, Maruchèt saca

1. *Eneida*, 2, 707-709. Trad. de Francisco García Jurado. Se refiere al pasaje en que Eneas carga sobre sus hombros a su padre, Anquises, para salvarlo del incendio de Troya. “Pase lo que pase”. (*N. de T.*)

una mano del abrigo y la apoya pesadamente sobre su hombro. Luego solo le dice en dialecto lombardo: “Tu padre”.



El trayecto desde Brera hasta la Galería Vittorio Emanuele II lo hacen casi corriendo.

—Lo encontramos en el piso, blanco como un papel, ay, Virgencita. Tu madre ya llamó al médico, tendría que haber llegado —le explica el criado.

El Café Campari, en la esquina entre la Galería y la plaza del Duomo, está insólitamente cerrado. Algunos clientes, sorprendidos por la inesperada situación, todavía esperan junto a la entrada, en medio de un clima de reciente desgracia. Algunos habitués reconocen a Davide, lo saludan con torpeza. Él apura el paso, cruza el portón de la casa, algunos metros más adelante, y sube al entresuelo saltando los escalones de dos en dos, mientras Maruchèt se detiene abajo a retomar el aliento y maldecir.

Entra en la casa como una tromba y cruza el vestíbulo llamando a su madre a los gritos, pero quien le sale al paso es Antonietta, su hermana mayor. Bajo la cabellera rojiza, su rostro habitualmente expresivo ahora parece de mármol.

—Mamá está con el médico —le dice, retorciendo un pañuelito empapado en lágrimas. Tomándolo de la mano, lo acompaña al salón, donde Eva, Giuseppe y Guido ya están reunidos y esperan.

Media hora más tarde, el diagnóstico del médico les cae como un hachazo: ataque al corazón. Después de acompañar al doctor hasta la puerta, agradeciéndole por haber ido tan rápido, Letizia vuelve al salón. Es una mujer menuda pero no frágil, a quien una formidable

cabellera pelirroja aleja forzosamente del anonimato. Se sienta en el sillón de terciopelo, entre sus cinco hijos, que ya la superaron en altura —todos menos el último, que tiene diez años— pero no por eso la hacen parecer pequeña.

—Se va a salvar —dice, mirándolos uno por uno en la penumbra de la habitación, a duras penas iluminada por el fuego de la chimenea—. Su padre es fuerte, tiene la coraza dura, pero hay que rezar y tener fe. Mucha en Dios, y un poco también en la ciencia.

Pero solo Guido, que todavía es un niño, cree en esa mentira. Antonietta ya es una mujer, tiene veintidós años; Eva y Giuseppe son solo un poco más jóvenes que ella: los tres han vivido lo suficiente como para saber lo que sucederá. Davide los mira palidecer, se da cuenta de que ha comprendido y se descubre, de pronto, ya adulto.

Esa noche no consigue conciliar el sueño. En la oscuridad, los sonidos de la casa le llegan amplificadas: los ronquidos de Guido en la cama de al lado; las voces de su madre y sus otros hermanos, también ellos dormidos, más allá de las delgadas paredes; hasta el deslizamiento del gusano que devora la madera. Se pone de costado, se gira de nuevo, intenta contar hasta cien. Llega a cuarenta y se levanta de un salto.

La habitación al final del pasillo está iluminada por la tenue luz de una vela. Davide camina descalzo, tanteando la pared, y se asoma al umbral. En la penumbra, bajo las mantas, se recorta la inconfundible silueta de su padre, ese cuerpo redondo y fornido del que siempre se había sentido orgulloso: “Me hice a mí mismo, y me hice bien grande”.

Entra y se sienta junto a la cabecera. El rostro familiar le parece de pronto marchito, como si todos los dolores y el trabajo de una

vida se le hubieran grabado de golpe. Intenta visualizarlo más joven, recuperar alguna imagen lejana, pero se da cuenta de que tiene la memoria nublada.

Cuando él nació, hace quince años, la familia recién se había mudado a la Galería, y Gaspare trabajaba día y noche para encaminar el Café. De sus primeros años, Davide recuerda muy bien el sonido de la falda de su madre rozando las mesas del local, el cabello rojo brillante, los dedos tamborileando sobre la caja y aquella sonrisa especial, que presentaba puntualmente a los clientes junto con la cuenta. Pero no ha conservado casi nada de su padre. Gaspare estaba siempre en el sótano preparando licores, mezclando, destilando y embotellando. Una presencia fantasmagórica, subterránea e inasible: estaba ahí, en alguna parte bajo el piso, pero no se lo podía ver.

“Papa está trabajando, cuidado con ir a molestarlo”, le advertía Letizia, mientras lo sentaba en un banquito demasiado alto como para que pudiera bajarse solo. Él balanceaba las piernas y se ponía a mirar el vaivén de los clientes: caballeros elegantes y prolijos empleados, aristócratas enjoyadas y señoritas demasiado maquilladas, compañías alegres y clientes solitarios acudían a las mesas y al mostrador del bar, todos presa de una sed inexplicable. Para aplacarla hacía falta probar incontables especialidades de la casa: elixir larga vida, esencia de rum, licor rosado superfino, leche de vieja, doble crema de cacao a la vainilla, fernet licor contra la fiebre, vermífugo, tónico calefactor, anticolérico. De tanto escuchar a los camareros pronunciar esos nombres, Davide los había aprendido como una plegaria. Pero el nombre que escuchaba con más frecuencia, en todas las bocas y a toda hora, era el bitter al estilo de Holanda, al que muchos ya llamaban simplemente bitter Campari.

Ese líquido rojo sangre era para el niño la prueba más tangible de la existencia de su padre. Imaginaba que encerraba la esencia

misma del hombre: una bebida que llevaba su nombre y que —estaba convencido— debería exprimirse directamente de su enorme cuerpo, allá en el subsuelo.

Todos los clientes lo pedían y lo tomaban, y a medida que vaciaban los vasos sus humores se amplificaban y alteraban: quien estaba feliz se alegraba; quien estaba triste se entristecía más todavía, aunque también podía ocurrir que un tímido tomara coraje y que un desventurado se riera de sus propias desgracias. Sin importar lo que buscaran, siempre salían satisfechos de lo que hallaban en el altar de Gaspare y, tras haber absorbido su linfa en abundancia, se iban agradecidos y regenerados, como fieles al terminar un rito. “Nos vemos pronto, Carotolin”, le decían a Letizia, homenajearlo su cabello como de zanahoria, cuando pasaban por la caja a dejar su óbolo. Y volvían, una y otra vez. Davide no sabía entonces muchas cosas, pero algo había entendido: que su padre tenía un don, un secreto que les gustaba a todos.

En el silencio de la habitación, un jadeo seco, una respiración trabajosa. Davide se sacude el entumecimiento y ve que su padre se agita en la cama, buscando aire. Se apura a levantarlo y le acomoda los almohadones detrás de la espalda.

—Papá.

Gaspare tiene los ojos abiertos, pero no lo ve, tantea en la oscuridad. Instintivamente, Davide le aferra la mano. Si pudiera, lo sacaría del abismo en el que parece haberse hundido. Intenta orientarlo con su voz:

—Papá, estoy aquí.

“Vuelve, no te vayas”, quisiera decirle. Había venido para hablarle, para decirle cosas importantes, como “perdóname” o “te perdono”, pero no está seguro ya de tener el tiempo suficiente o el coraje.

Finalmente, en las pupilas del hombre vuelve a encenderse un destello. Gira hacia la presencia que tiene al lado, la enfoca.

—Davide...

La voz es un hilo tenue.

—Aquí estoy, papá.

El muchacho se inclina, solícito, y acerca el oído a los labios de su padre para escuchar. Bastaría con una palabra suya para tranquilizarlo, para barrer las otras —ásperas, rabiosas— que se dijeron hace poco, y para compensar aquellas que no dijeron en toda una vida. Incluso un pedido o una orden estarían bien, algo que le demuestre que aún tiene valor para su padre. *Ergo age, care pater*: está dispuesto a cargar a su padre sobre los hombros. Pero Gaspere respira con mucha dificultad y, con la mirada en el vacío, murmura:

—Ve a llamar a tu madre.

Algunos minutos después, Letizia está junto al moribundo. Giuseppe sale a toda prisa a buscar al sacerdote, mientras fuera de la habitación Antonietta y Eva rezan sentadas en un banco, con sus largas trenzas dispersas sobre una manta de lana. Davide está con ellas, apoyado contra la pared, y se mira los pies descalzos, fríos como pedazos de hielo. De pronto, del otro lado de la puerta llegan algunos ruidos, hay movimiento. Se escucha la voz de Letizia que llama a Gaspere, que sofoca un lamento. Luego, un silencio atroz.

Como salido de la nada, Guido aparece al final del pasillo. Está en camión, con el pelo castaño dorado aplastado sobre la frente y el rostro todavía hinchado por el sueño.

—¿Qué hacen todos aquí?

Davide no se anima a responder, pero extiende un brazo para atraerlo hacia sí. El niño se aprieta a su lado y se pone a llorar en silencio. Ahora sí, él también ha comprendido.

